

Editorial

Las cuevas prehistóricas, como cápsulas del tiempo, han ido apareciendo a los ojos de los humanos modernos gracias a una serie de hallazgos, en la mayoría de los casos casuales, para mostrar tras la oscuridad y el silencio de milenios, un mundo fascinante de sueños olvidados de la infancia de nuestra especie. Desde el descubrimiento de la Cueva de Altamira en 1868 al de la Cueva de Chauvet en 1994, un largo recorrido de exploraciones en la Tierra, se han realizado por gentes del lugar, paseantes y un sin fin de especialistas que han podido desarrollar, gracias a ellas, sus distintas disciplinas. El arte contemporáneo encontró un gran estímulo de libertad y creación cuando se dio a conocer ese mundo de símbolos y gestos, naturaleza exuberante impresa sobre las paredes y techos de las cavernas.

Lugar mítico de luces y sombras, entre la realidad y la representación, las cuevas se han venido resistiendo a su accesibilidad, público consumo e interpretación patrimonial, dando lugar a las recientes “neocuevas” y a todo tipo de réplicas en paneles, sucedáneos que al menos pueden garantizar la conservación de los originales. Asomados desde sus aberturas, dejando atrás el tiempo geológico de sus rocas, aún es posible conectar, gracias a sus entornos ambientales, con la mirada primigenia de nuestros antepasados y con la del incierto futuro.

Este número de eDap, acoge distintas investigaciones y proyectos relacionados con este particular paisaje patrimonial. De manera preferente, se muestran trabajos que se centren en la Cueva de La Pileta y en la Cueva del Gato, en el río Guadiaro, que se incluyen en nuestro habitual archivo_eDap.